

tando el misterio que ocultaba tanto amor en tanta adhesión. Ya no quedaba ningún suizo que inmolar. Un profundo silencio había sucedido por un momento en el patio á los sablazos y al ruido de la caída de los cuerpos sobre las piedras. Los asesinos estaban bebiendo, y Reding se creyó olvidado. Sus compañeros de calabozo le felicitaban en voz baja; pero contadas las víctimas que había en el patio, no correspondía su número con el de los presos; un suizo faltaba. Entónces se acuerdan del herido. Tres degolladores, con los sables desenvainados y precedidos de un carcelero, entran en la capilla y llaman á Reding. La amante jóven que le cuidaba se desmaya al oír este nombre. Reding suplica á sus verdugos que le maten en la cama, para evitarle el suplicio de ser transportado despues de los tormentos que ya ha sufrido; pero este consuelo se le niega en medio de chanzonetas atroces. Uno de aquellos tigres le tomó en sus brazos y se le echó acuestas, llevándole con las piernas hácia adelante y la cabeza vuelta hácia abajo. El herido da involuntarios rugidos, y bien fuese por ferocidad ó por compasión, uno de los asesinos corta la cabeza á Reding cual si se la serrase. Sus gritos se ahogan con su sangre, llega ya muerto al pié de la escalera, y entónces se arroja su cadáver á los degolladores.

Estos descansan un momento. La noche se acerca, y algunas hachas alumbran el patio. Hollando la sangre con los piés, estos mercenarios del crimen comían y bebían como el trabajador despues de acabar su tarea; pero la obra no estaba más que interrumpida. La municipalidad, advertida oficialmente de la carnicería, había enviado á Manuel, á Billaud-Varenes y á otros comisionados á las cárceles para rechazar al ménos la responsabilidad del crimen y para justificar que había hecho algunos esfuerzos para impedir los asesinatos. Las arengas de aquellos comisionados á la multitud, irrisorias ante la actitud de los asesinos y ante las armas teñidas de sangre, parecían más bien alabanzas que reconvenciones. En ellas se veía la connivencia ó el miedo, y el pueblo las interpretaba como mejor le convenía. Algunas de ellas eran unas verdaderas felicitaciones y una provocación á nuevos asesinatos. «Valientes ciudadanos,—dijo Billaud-Varenes en el patio de la Abadía,—habeis degollado á unos grandes criminales: la municipalidad no sabe cómo corresponderos. Sin duda los despojos de estos malvados pertenecen á los que nos han librado de ellos. Sin creer recompensaros, estoy encargado de ofrecer á cada uno de vosotros veinticuatro libras, que os van á ser pagadas en el acto.»

Miéntas que Billaud-Varenes hablaba de este modo, la carnicería, que se había suspendido por un momento, comenzó á su vista. El anciano comandante de la gendarmería, Rulhieres, herido ya de cinco ó seis lanzazos, despojado y dejado por muerto, corría desnudo y ensangrentado alrededor del patio, buscando á tientas con las manos las paredes, cayendo y levantándose de nuevo en la lucha de la agonía. ¡Esta huida sin esperanza duró diez minutos!

Despues de los suizos se juzgó en masa á todos los guardias del rey presos en la Abadía. Su crimen era su fidelidad el día 10 de Agosto. Allí no había fórmula de proceso; eran unos vencidos, y así se limitaron á preguntarles sus nombres. Entregados uno tras otro, su asesinato fué prolongado: el pueblo, en quien el vino, el aguardiente mezclado con pólvora, la vista y el olor de la sangre parecían avivar la rabia, hacía durar el suplicio, como si temiera abreviar el espectáculo. La noche entera apenas bastó para inmolarlos y despojarlos.

El abate Sicard y los dos sacerdotes refugiados como él en un cuartito inmediato adonde estaba reunida la comision, vieron, oyeron y devoraron todos los instantes de esta noche fatal. Una puerta vieja llena de aberturas los separaba de aquella escena de mortandad. Oían el ruido de los pasos, los sablazos, la caída de los cuerpos, los aullidos de los verdugos, los aplausos del populacho, las voces de los mismos de quienes acababan de separarse, los bailes atroces de las mujeres y muchachos que á la luz de hachones cantaban la *Carmañola* alrededor de los cadáveres. A cada momento, algunas diputaciones de los degolladores iban á pedir vino á la comision, que se lo hacía distribuir, y varias mujeres llevaban la comida á sus maridos al amanecer, para sostenerlos, decían, en su penoso trabajo. ¡Obreros de la muerte, embrutecidos por la miseria, la ignorancia y el hambre, para quienes el matar era ganar su vida!

Los carros destinados por el ayuntamiento desocuparon durante esta comedia los patios de los montones de cadáveres que los obstruían: el agua no bastaba para lavar el piso, y los piés se resbalaban en la sangre. Los asesinos, ántes de volver á su obra, extendieron una capa de paja en una parte del patio, cubriéndola con la ropa de las víctimas, decidiendo entre sí no volver á matar sino sobre este colchon de paja y lana, para que la sangre se empapase en la ropa y no se esparciera por el pavimento. También dispusieron bancos alrededor de este teatro, para que cuando fuese de día, las mujeres y los hombres curiosos de ver la agonía pudiesen asistir sentados á este espectáculo, situando en torno del patio centinelas para que cuidasen del órden. Al amanecer, aquellos bancos encontraron en efecto mujeres y hombres del cuartel de la Abadía que los ocupasen, y los asesinos quien los aplaudiese. Durante este tiempo, Maillard y los jueces comían en el calabozo. Despues de haber fumado en sus pipas, se durmieron sin remordimientos en los bancos, y tomaron ánimo para el trabajo del siguiente día.

## V

Sólo los presos no durmieron. Encerrados todos en sus calabozos ó en las salas, en pié ó sentados en sus camas, escuchaban. Cualquier ruido tenía una significación de vida ó de muerte en sus oídos. La ventana enrejada de la torrecilla de la Abadía, desde donde se divisaba por un lado la calle de Santa Margarita y parte del patio por el otro, era un observatorio al cual se subían los más animosos, unos despues de otros, para informar á sus compañeros de lo que pasaba por fuera. Al notar el silencio de las últimas horas de la noche, creyeron que el pueblo había cesado en sus asesinatos. Algunos se desmayaron de debilidad, y otros pasaron aquellos instantes en orar, en escribir sus defensas ó á sus esposas, ó finalmente, en arreglar sus testamentos.

Al romper el día, dos sacerdotes, el abate Lenfant, predicador del rey, y el abate Rastignac, escritor religioso, encerrados juntos en la Abadía, reunieron á los presos en la capilla. Allí, desde el púlpito los prepararon á la muerte. Estos dos sacerdotes tenían cerca de ochenta años de edad; sus cabellos blancos, sus facciones descoloridas por el tiempo, maceradas por el desvelo y divinizadas por la proximidad del martirio, daban á sus acciones y á sus palabras la solemnidad angélica de la eternidad: ellos se aparecieron á los jóvenes presos como los ángeles de

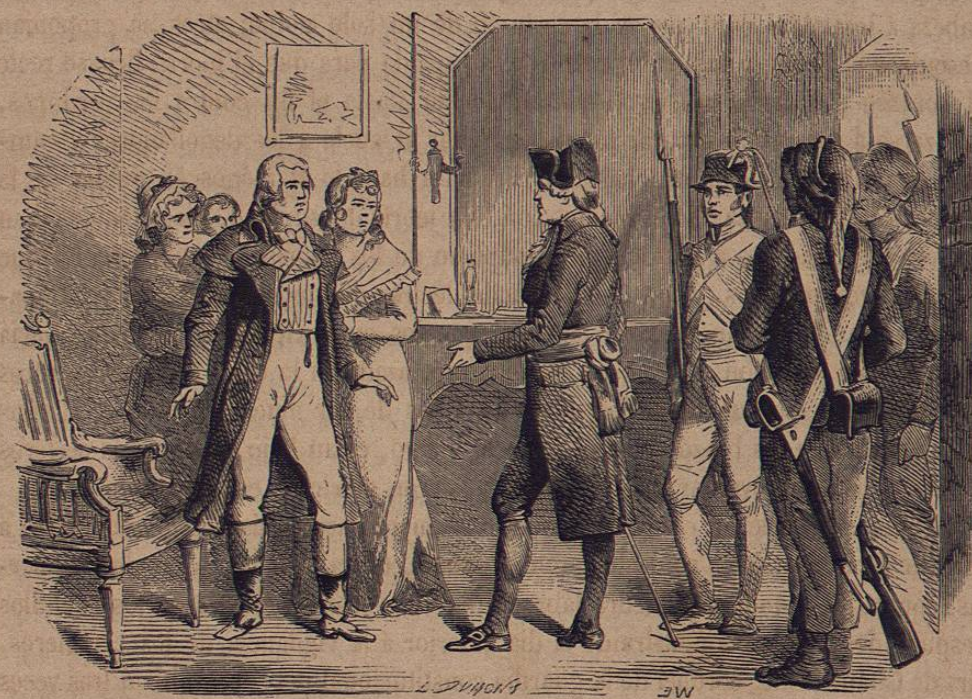
la agonía. Todos se arrodillaron, y este rayo de religion sobre un campo de sangre les hizo sentir la presencia de la Divinidad hasta en el suplicio: unos fueron fortalecidos, otros quedaron consolados, y todos se sintieron enternecidos. Apénas los dos sacerdotes habian extendido las manos para bendecir á sus compañeros, cuando vinieron á llamarlos para dar á la vez el ejemplo y la leccion del martirio. Con las manos juntas, los ojos elevados hácia el cielo y el espíritu recogido, fueron deshechos á sablazos y cayeron sin haber cesado de orar.

Pero la resignacion de estos dos ancianos no habia quitado el horror de la expectativa á los presos. La naturaleza no luchaba ménos contra la muerte. Discutian entre sí los presos sobre la postura que habian de tomar al recibir los golpes, para hacer el trance más pronto y ménos sensible: unos querian tender la cabeza á los sables para que se la cortasen de un solo golpe; otros se proponian descubrir el pecho y poner las manos á la espalda para que el hierro llegase recto al corazon sin desviarse; otros querian luchar hasta el fin contra los verdugos, abrazarse á sus picas, separar los sables, tirar al suelo á los degolladores y cambiar el suplicio en combate hasta morir, para hacerlo al ménos en medio de la alegría de la venganza. No contentos con esta teoría del suplicio, los detenidos iban como los gladiadores á estudiar en el suplicio de los demas la actitud de los que morian ántes que ellos, y con lo cual puede decirse que morian varias veces. Repararon, mirando por un tragaluz elevado, que los que extendian las manos hácia adelante por la accion natural del hombre amenazado en la cara, morian dos veces en vez de una, porque eran despedazados ántes de ser muertos; los que, al contrario, cruzaban los brazos y se dirigian al hierro, caian bajo golpes más certeros y no se volvian á levantar más. Todos resolvieron morir de esta suerte.

Algunos prefirieron escoger la muerte, y encontraron más dulce adelantarse á ella que esperarla; éstos se deshicieron la cabeza contra las cerraduras de las puertas, contra las esquinas de piedra labrada, ó se clavaron en el corazon los cuchillos despuntados que habian sustraído el dia anterior á la vigilancia de los carceleros. Mr. de Chantereine, coronel de la guardia constitucional del rey, se hirió tres veces con un puñal y cayó exclamando: «¡Dios mio, recibidme!»

Mr. de Montmorin, antiguo ministro de Luis XVI, habia sido interrogado en la Asamblea algunos dias ántes. Brissot, Guadet, Vergniaud y Gensonné, que eran sus enemigos, habian abusado de la victoria del 10 de Agosto contra este hombre de Estado, retirado de los negocios y á quien la animosidad de estos hombres debia haber olvidado. Prolongaron, sin embargo, sus enemigos el interrogatorio y le tendieron infinidad de lazos para hacerse valer como un mérito su condenacion. Mr. de Montmorin fué, pues, conducido á la Abadía; su hijo, casi niño, le consolaba. Encerrado en la misma sala con Affry, Thiéri y Sombreuil, gobernador de los Inválidos, con la hija de Sombreuil y Beaumarchais, que se veia aún bajo los cerrojos, Montmorin soportaba su cautiverio con calma, endulzándose la amena conversacion de sus amigos. La libertad de Affry y de Beaumarchais, á quienes Manuel habia ido á buscar el dia anterior con madamas de Saint-Brice y de Tourzel, le daba esperanza de salir de allí próximamente. La campana del 2 de Setiembre, el tumulto de los patios, los gritos de las víctimas, y el hijo arrancado por la mañana de sus brazos, le transportaron de golpe desde la confianza al abatimiento. Su desesperacion se convirtió muy en breve en furor; llamaba á sus enemigos para

confundirlos; con los cabellos en desórden, los ojos inflamados y las manos levantadas hácia el cielo, recorria la habitación vomitando imprecaciones contra aquellos malvados. Sus nervios crispados por la ira le daban una fuerza sobrenatural, suficiente á conmovier las barras de hierro de su prision, y deshizo con las manos una mesa de encina cuyas tablas tenian dos pulgadas de grueso. Fué menester engañarle para hacerle atravesar el dintel de la puerta del calabozo. Con la altivez en la frente y una sonrisa irónica en los labios se presentó ante el tribunal: «Presidente,—dijo á Maillard,—ya que os place llamaros así, espero que me hagais traer mi coche para conducirme á la Fuerza, á fin de evitarme los insultos de vuestros asesinos.» Maillard hizo un signo de asentimiento. Montmorin se sentó un mo-



Visitas domiciliarias.—Pág. 51.

mento en el calabozo, y vió juzgar algunos presos. «El coche que os ha de conducir á vuestro destino ha llegado»,—le dijo al fin el presidente. Montmorin se apresuró por salir de aquella horrible mansion, pero quedó clavado en la pared por treinta picas, recibiendo la muerte en el mismo instante en que creia iba á verse en completa libertad.

Mr. de Montmorin habia tenido en su poder un recibo de cien mil libras pagadas á Danton de órden del rey para indemnizarle de su empleo de abogado en el Chatelet. Este dinero era en realidad el precio de la corrupcion solicitada por la corte por tercera mano y secretamente consentida por el jóven demagogo. Mr. de Montmorin, algun tiempo ántes del 20 de Junio, estaba inquieto al pensar que era depositario de un secreto que debia parecer á Danton semejante á la espada de Damocles suspensa sin cesar sobre su popularidad. El antiguo ministro visitó á Mr. de Lafayette, su amigo, le confió el secreto y le pidió consejo. «No teneis sino dos partidos que tomar,—le respondió Lafayette:—ó advertir á Danton que publicareis su venalidad si no cumple las condiciones en favor del rey, ó entregarle el

recibo y comprometerle el reconocimiento y la generosidad, deshaciéndolos de las pruebas que tenais contra él.» Mr. de Montmorin no siguió ninguno de estos dos consejos, contentándose con escribir á Danton que habia quemado su recibo, pero sin enviarle su firma. Danton pudo creer que este testimonio existia aún, y que en todo caso, Mr. de Montmorin sería siempre un testigo peligroso que podia venderle cuando quisiese. Por más que se imploró inútilmente que fuese devuelto á la libertad, obtenida por tantos otros, ello es que pereció. No se sabe si esta muerte fué causada por un olvido ó por la prudencia de los que tenian su nombre en la memoria y su firma entre los papeles de aquel ex-ministro.

Despues de Mr. de Montmorin, compareció Sombreuil, gobernador de los Inválidos. Su hija, que fué presa con él, tenia permiso para salir, pero no quiso separarse de una prision en donde la encadenaba el amor que profesaba á su padre, y habitaba una sala destinada á las mujeres, con madamas de Tourzel, de Saint-Brice y la hija de Cazotte. Desde el principio de los asesinatos estaba en el calabozo del tribunal aguardando la comparencia de su padre, protegida por la compasion de los guardas y de los carceleros. Apareció Sombreuil, y fué condenado. Entónces se abre la puerta, las bayonetas brillan, su hija se lanza en medio de la pieza, se arroja al cuello del anciano, le cubre con su cuerpo y suplica á los asesinos que perdonen á su padre, ó que la maten con el mismo golpe que le hiera á él. Su accion, su sexo, su juventud, sus cabellos sueltos, su belleza aumentada por la emocion de su alma, la sublimidad de su abnegacion y el ardor de sus súplicas, enternecen á los sicarios. Un grito de perdon se levanta de la multitud, las picas se bajan y conceden á la hija la vida de su padre á un horroroso precio. Exigen que en señal de abjuracion de la aristocracia, moje sus labios en un vaso lleno de sangre de aristócratas. La señorita de Sombreuil toma el vaso con mano intrépida, le lleva á su boca y bebe por la libertad de su padre. Esta accion la salva. Todo el mundo se asocia á su alegría, y las lágrimas de los asesinos se confunden con las suyas. Hay ciertas sorpresas de la naturaleza aún en el más profundo crimen; hay multitud de abismos en el corazon humano. Los monstruos, con los brazos teñidos en sangre, llevan en triunfo á Sombreuil y á su hija hasta su casa, y les juran defenderlos contra sus enemigos.

La hija de Cazotte disputó tambien y salvó la vida de su padre. Cazotte era un anciano de setenta y cinco años. La elevacion de su estatura, la blancura de sus largos cabellos y el fuego de su mirada, bajo unas cejas tambien blancas, le daban el aspecto de un profeta. Tenia la elocuencia y los arrebatos de aquéllos, imaginacion alegre en sus escritos, alma extática en su piedad, y hombre de bien en toda su vida, veia en la revolucion la prueba del fuego por la cual Dios hacia pasar á los hijos del siglo para reconocer á los suyos y glorificarlos en el martirio. Habia ofrecido su sangre, y estaba impaciente por que llegase la hora del sacrificio. Su hija le habia seguido voluntariamente al calabozo. Previendo la mortandad de los presos, habia buscado y encontrado protectores entre los marseleses que los custodiaban. Su tierna juventud, su piedad filial y la amable familiaridad de la jóven, habian domado la aspereza de aquellos hombres, que le habian prometido salvar á su padre, y que cumplieron su palabra. Interrogado Cazotte por el tribunal, respondió como quien se obstina en querer morir. «Esposa mia, hijos míos,—exclamó,—no lloreis, no me olvideis tampoco, pero sobre todo acordaos de Dios. Quiero

morir como he vivido, fiel á mi Dios y á mi rey.» Su hija, no pudiendo evitar que se obstinase en morir, quiso morir tambien con él.

Algunos marseleses compasivos la siguieron al patio, apartaron con las manos los sables y picas levantados contra ella, y le hicieron atravesar por medio de aquel lago de sangre, entregándole su padre y haciéndolos conducir á ambos á un sitio seguro.

Esta gracia no fué sino una moratoria para Cazotte. Vuelto á coger á los pocos dias y puesto en un calabozo, no se le permitió que estuviese con él su hija, para no tener que enternecerse como la vez pasada. Lo que los asesinos no se atrevieron á hacer, lo ejecutaron los jueces: Cazotte pereció.

Despues de él murió Thiéri, primer ayuda de cámara del rey. «El reconocimiento—le dijo á Maillard—no tiene opinion; mi deber era la fidelidad á mi dueño.» Herido por una pica que le atravesó el pecho saliéndole por la espalda, se apoyó con una mano en un guardaruedas del patio, y con la otra levantó el sombrero en el aire, haciendo el último esfuerzo para exclamar: *¡Viva el rey!*

Maillé, Rohan-Chabot, el teniente general Wittgenstein, Romainvilliers, segundo jefe superior de la guardia nacional el 10 de Agosto, los jueces de paz Buob y Bosquillon, cayeron despues de él. Hubo por entónces entre los asesinos arrepentimientos, precipitaciones y equivocacion de nombres. Se vió á hombres extraños entrar en el patio, revolver los cadáveres, lavar con esponjas la sangre que cubria sus rostros, reconocerlos, é irse confusos ó alegres por haber equivocado ó satisfecho su venganza. En la noche del segundo dia resonaron algunos gritos de perdon en la calle y en el patio. Los presos que habian quedado olvidados concibieron alguna esperanza. Algunos reunieron lo que tenian de más valor, y se prepararon á salir. Unos tiros disparados en el interior de la prision, acompañados de muchos gritos por la gente de fuera, hicieron que varios presos se volviesen á meter en las salas que estaban desocupadas. Aquellos gritos eran causados por los asesinos del jóven Montsabray.

Montsabray apénas tenia diez y ocho años, y pertenecia por su familia á la más distinguida nobleza. Las gracias de su persona y de su edad y la dulzura de su carácter hacian que fuese admirado y querido en el ejército. El duque de Brissac le habia nombrado su ayudante de campo. Mr. de Brissac, despues de la muerte de Luis XV, se habia unido de corazon á madama Dubarry, tan jóven y tan bella aún. Cortesano por amor de esta favorita desterrada, habitaba con ella el pabellon de Lucienne en el bosque de Marly, regalo del rey á su antigua amante. Madama Dubarry amaba á Montsabray con esa ternura maternal que no se atreve á confesarse á sí misma la naturaleza de su sentimiento. Montsabray, herido ligeramente el 10 de Agosto, se habia refugiado en Lucienne. El gabinete secreto del palacio en donde atendia á su curacion no le conocian más que madama Dubarry y sus criadas: ella misma curaba la herida del jóven militar. Habiendo pedido Audouin, miembro del ayuntamiento, al Consejo general un destacamento de doscientos federados para expurgar los alrededores de Paris de los aristócratas que se hubiesen escapado despues del combate, descubrió á Montsabray en el pabellon de Lucienne. Ni el oro, ni las lágrimas, ni las súplicas de madama Dubarry pudieron enternecer á Audouin, que se llevó al jóven ayudante en una camilla á la cárcel de la Abadía. Al estruendo de la mortandad, Montsabray, que estaba acostado en la